

DE SAN PREUX AL SEÑOR DE WOLMAR.

—DISFRUTE V. querido Wolmar del fruto de sus afanes; y reciba los homenajes de un corazón apurado que con tanto trabajo ha hecho digna ofrenda suya. Nunca un hombre acometió tan alta empresa; nunca un hombre probó lo que V. ha ejecutado. Nunca una alma sensible y agradecida sintió lo que V. me ha inspirado. La mía había perdido su elasticidad, su vigor y su ser, y V. me los ha restituido. Estaba muerto para las virtudes como para la felicidad, y le debo la vida moral que siento renacer en mí. ¡Oh bienhechor mío, ó padre mío! dándome todo entero á V. no pueda, como al mismo Dios, ofrecerle mas que las dadas que le debo.

—¿He de confesar á V. mi flaqueza y mis temores? Hasta ahora siempre he desconfiado de mí. No hace ocho días que me he avergonzado de mi corazón, y he creído perdida toda la bondad de V.; momento crudo y de desaliento para la virtud! Gracias al cielo y gracias á V. se ha ido para mas no volver. No solamente me creo sano porque me lo dice V. sino porque lo siento yo. No necesito que responda V. de mí, que me ha puesto en estado de responder de mi propio. Ha sido menester separarme de ella y de V. para saber lo que podia yo ser sin su apoyo. Lejos de los sitios que habita ella aprendo á perder el miedo de acercarme á su morada.

—Escribo á la señora de Orbe las circunstancias de nuestro viaje, y no se las repetiré á V. Quiero que sepa V. todas mis flaquezas, pero no tengo valor para decírselas. Amado Wolmar, esto es mi último yerro, ya me siento tan distante de él, que le contemplo con orgullo; pero está todavía tan cerca la época que no puedo confesarle sin rubor. V. que perdonar mis descarrios supo ¿como no me ha de perdonar la vergüenza que se ha originado de mi arrepentimiento?

Nada falta ya para mi felicidad; todo me lo ha dicho Milord. Querido amigo,

yo seré de V., yo educaré á sus hijos. El mayor de los tres educará á los otros dos. ¡Con que ardor lo he deseado! cuanto aumenta mis afanes para corresponder á los de V. la esperanza de que me crea digno de este cargo! cuantas veces me atrevi á mostrar acerca de esto á Julia mis deseos! con cuanta satisfacción interpretaba muchas veces como propicias á mi las razones de V. y las de ella! Pero aunque agradecía mi celo, y aprobaba al parecer mis deseos, nunca la ví adoptar de tal modo mis ideas que me atreviese á explicarme sin rebozo ninguno. Conoci que era menester merecer esta honra sin solicitarla y esperaba de ella y de V. esta prenda de estimación y confianza. No se me han frustrado mis esperanzas, y crean Vds., amigos míos, que tampoco frustraré yo las suyas.

—Sabe V. que á consecuencia de nuestras conversaciones sobre la educacion de sus hijos había yo hecho algunos apuntes de ideas que me habian ocurrido, y que V. aprobó. Desde mi partida he hecho nuevas reflexiones sobre la materia, y todo lo he reducido á una especie de sistema que comunicaré á V. cuando le haya digerido mas bien para que le examine despacio. Hasta despues de nuestro arribo en Roma no espero que esté en estado de que V. le lea. Este sistema empieza donde concluye el de Julia, ó mas bien es su continuacion y desarrollo; porque todo consiste en no estragar al hombre de la naturaleza cuando se le hace propio para la sociedad.

—He recuperado mi razon por los esmeros de V.; ahora libre y sano de razon me siento amado de todo cuanto yo amo, se me presenta el mas halagüeño tiempo venidero; y debería ser deliciosa mi situacion, pero está escrito que no he de tener nunca sereno el animo. Al acercarse el termino de nuestro viaje veo la época de la suerte de mi ilustre amigo, y yo soy quien debo por decirlo así decidirla. ¿Sabré hacer á lo menos una vez por él lo que tantas veces él hizo por mí? sabré desempeñar dignamente la mayor y mas importante obligacion de mi vida? Querido Wol-

mar, en lo intimo de mi corazón llevo grabadas todas las lecciones de V., pero ¿porque para saber hacerlas utiles no llevo tambien conmigo su sabiduria? Ah, si un dia puedo ver á Eduardo feliz, si conforme á su proyecto y al de V. nos reunimos todos para no volvernos á separar, ¿que deseo me queda que formar? Uno solo, cuyo logro ni de V., ni de mí, ni de nadie en el mundo pende, sino de aquel que debe una recompensa á las virtudes de Julia, y cuenta para darles digna paga los beneficios de su marido.

CARTA IX.  
DE SAN PREUX A LA SEÑORA DE ORBE.

—¿DONDE está V. encantadora prima? donde está V. confidente amable de este flaco corazón que por tantos motivos es suyo, y que tantas veces ha consolado? Venga V. á que vierta yo hoy en él la confesion de mi postrer error. ¿No pertenece siempre á V. el purificarle? y sabe afearse las culpas que con V. ha confesado? No; yo no soy ya el mismo, y á V. se le debe esta transformacion; V. ha hecho en mí un nuevo corazón que le ofrece sus primicias, pero no me creeré libre del que dejo hasta haberle depositado en sus manos. Reciba V. que le vió nacer sus últimos suspiros.

—¿Lo hubiera V. pensado? el instante en que de V. me separé ha sido el que mas satisfacion me ha causado en toda mi vida. Convertido de mis dilatados estravios fijaba para este punto la época tardia en que volvía á la carrera del cumplimiento de mis obligaciones, empezaba en fin á pagar las inmensas deudas de la amistad, abandonando tan cara mansion por seguir á un bienhechor, á un sabio que fingiendo que necesitaba de los desvelos míos queria probar el efecto de los suyos. Cuanto mas dolorosa era para mí esta partida, mas ufano me ponia tamaño sacrificio. Despues de haber malgastado la mitad de mi vida en dar pabulo á una desventurada pasion, dedicaba la otra á justificarla, y á tributar en sus virtudes homenaje mas digno á aquella, á quien tanto tiempo consagré el de todo mi co-

razon, y señalaba abiertamente este dia como el primero de mi vida en que no se podian avergonzar conmigo ni V. ni ella, ni nada de cuanto amo.

—Habia temido milord Eduardo que fuese la despedida sobrado tierna, y queríamos irnos sin ser vistos; pero mientras que todos estaban aun durmiendo no pudimos frustrar la vigilante amistad de V. Al ver entreabierta su puerta y su doncella de centinela; al ver que venia V. hacia nosotros; al entrar en su cuarto y hallar una mesa con té; la analogia de las circunstancias me hizo pensar en otros tiempos, y comparando con esta partida la otra cuya memoria me acordaba, me sentí tan distinto de lo que entonces era; que dandome el parabien de que fuera testigo Eduardo de esta diferencia, me prometí hacer de manera que olvidara en Milan la indigna escena de Besanzon. Nunca me habia sentido con tanto denuedo; me afanaba en mostrarlo; hacia alarde cerca de V. de una fortaleza cual nunca me habia visto, y me gloriaba al decírsela de mostrarme un instante en su presencia tal cual iba á ser. Esta idea me daba nuevos brios, me fortalecia con la estimacion de V., y acaso le hubiera dicho á Dios sin humedecerse mis ojos, si sus lagrimas que por mis mejillas corrian no hubieran forzado las mias á confundirse con ellas.

—Me parti lleno el corazón de todas mis obligaciones, especialmente penetrado de las que me imponen la amistad de V. y resuelto de veras á gastar lo que me queda de vida en merecerla. Pasando Eduardo la revista de todos mis yerros, me presentó á la vista una pintura nada halagüeña, y por su justo rigor en vituperar tantas flaquezas conocí que poco temor de imitarlas tenia. No obstante fingia estos temores; me hablabla inquieto de su viaje á Roma, y de las indignas conexiones que allá contra su voluntad le arrastraban; pero sin dificultad juzgué que abultaba sus propios riesgos para ocuparme mas en los míos, y apartarme mas de aquellos á que estaba yo espuesto.

—Al acercarnos á Villanueva un lacayo



qué iba montado en un caballo malo se cayó de él, y se hizo una leve contusion en la cabeza; mandóle sangrar su amo, y se quiso quedar allí aquella noche. Habiendo comido temprano montamos á caballo para ir á ver la salina de Bex; y como tenia Milord razones particulares para que le interesara este examen, tomé yo las dimensiones y los diseños del edificio de graduacion, y no volvimos á entrar en Villanueva hasta la noche. Despues de cenar razonamos bebiendo punch, y velamos hasta muy tarde. Entonces me dijo las funciones que de mí se habian fiado, y las disposiciones tomadas para poner este designio en práctica. Puede V. considerar que efecto en mí haria esta noticia; semejaute conversacion no infundia sueño: fué preciso sin embargo acostarme al fin.

Al entrar en el aposento que para mí estaba destinado conocí que era el mismo que otro tiempo habia ocupado cuando iba á Sion. A su aspecto sentí una impresion que apenas puedo esplicar. Tal fué el vuelco que me dió el corazón, que creí que volvía á ser lo que entonces era; borraronse de repente diez años de mi vida, y se olvidaron todas mis desventuras. Ah! está ilusion fué momentanea, y el segundo instante me tornó mas pesada la carga de todos mis antiguos quebrantos. Que tristes reflexiones á este encantamiento primero se siguieron! qué dolorosas comparaciones en mi espiritu se presentaron! Embelesos de la juventud lozana, delicias de los primeros amores, ¿por qué todavia os retratais á este corazón abrumado de pesares, y cargado de sí propio? Oh tiempo, venturoso tiempo, ya no existes! Yo amaba y era amado. En la paz de la inocencia me entregaba á las glorias de un amor reciproco, y paladeaba con luengos tragos el delicioso afecto que me daba vida. Mi corazón le embriagaba el dulce vapor de la esperanza, y absorbía todas mis facultades un éxtasis, un raptó, un delirio. Ah! en las rocas de Meillerie, en mitad del invierno y los hielos, con horrosos abismos delante de los ojos, ¿que ser en el mundo una suerte comparable á la

mia disfrutaba? Y lloraba! y me repuntaba por digno de compasion!... y se atrevia á llegar la tristeza hasta mí!... ¿Pues qué haré hoy que todo lo he poseído... y todo lo he perdido?... Bien merecida tengo mi miseria, pues tan mal supe sentir mi dicha... Entonces llorabas... llorabas, y desventurado... ahora no lloras... ni siquiera tienes derecho á llorar... Ojala fuera muerta! me atreví á esclamar en un rebato de furor! si, menos desdichado fuera yo; me atrevía á entregarme á mi dolor; abrazaría sin remordimiento su fria tumba; sería mi sentimiento digno de ella; diria: oye mis gritos, ve mis llantos, la mueven mis gemidos, aprueba y recibe mi puro homenaje... A lo menos tendria la esperanza de reunirme con ella... Pero vive y es feliz... vive, y es muerte mia su vida, y suplicio mio su felicidad, y despues de haberme la quitado el cielo hasta del contento de llorarla me priva... Vive, pero no para mí; vive para mi desesperacion, y estoy cien veces mas distante de ella que si vivía no fuese.

Acostéme con estas tristes ideas que durante mi sueño me siguieron, y le llenaron de imagenes funerales. En mis sueños se retrataron los acerbos quebrantos, el desconsuelo y la muerte, y todos los males que habia padecido recobraban á mi vista cien nuevas formas que mis tormentos reiteraban. Un sueño especialmente, el mas erudo de todos, se obstinaba en perseguirme, y de fantasma en fantasma todas las confusas apariciones se concluian siempre con esta.

Creí que veía á la digna madre de la amiga de V. en su lecho moribunda, y á su hija de rodillas ante ella desecha en llanto, besando su mano y recibiendo sus últimos suspiros. Volví á ver esta escena, que me pintó V. otro tiempo y que nunca saldrá de mi memoria. Oh madre mia, decía Julia con un tono que traspasaba el corazón, la que debe á V. la vida se la quita! Ah! Hevese V. su don, que sin V. es para mí un don funesto. Hija mia, respondió su tierna madre... es preciso sujetarse á la muerte... Dios es justo... tú tambien serás madre... No pudo acabar. Quisé alzar

los ojos á ella, y ya no la vi. Vi á Julia en su lugar; la vi, la reconocí, aunque tenia cubierto de un velo el rostro. Doy un grito, precipítome á descorrer el velo, y no podia llegar á él; tendia los brazos, me atormentaba, y no tocaba nada. Amigo, calmate, me dijo con voz flaca; el tremendo velo me encubre; y ninguna mano le puede descorrer. Al oír esta voz me agito, hago nuevo esfuerzo; este esfuerzo me despierta, y me hallo en mi cama agobiado de la fatiga, y bañado en sudor y en lagrimas.

En breve se disipa mi susto, y me aduerme el cansancio; el propio sueño escita en mí las mismas agitaciones, despierto, y me duermo por la tercera vez. Siempre este lugubre espectáculo, siempre este mismo aparato de muerte; siempre este impenetrable velo huye de mis manos, y esconde á mis ojos el moribundo objeto que encubre.

Al despertar la postrer vez era tan violento mi susto que no pude vencerle estando despierto. Arrojéme de la cama sin saber lo que me hacia, y empiezo á dar paseos por el aposento, asustado como un niño por las tinieblas de la noche, creyendo que me veia cercado de fantasmas, y resonando aun en mis oidos la lastimera voz, cuyo sonido nunca sin emoción he escuchado. Cuando empezó el crepusculo á aclarar los objetos, no hizo mas que trasformarlos al atajo de mi turbada imaginacion. Doblóse mi susto y me privó de la razon; habiendo con mucho trabajo dado con la puerta, me huyo de mi cuarto, entro azorado en el de Eduardo, abro las cortinas de su cama, y me arrojo sobre ella gritando sin aliento: todo se acabó, nunca la volveré á ver. Despierta sobresaltado, echa mano á las armas creyendose embestado por un ladrón. Al instante me conoce, yo mismo me reconozco, y por la segunda vez de mi vida me hallo en su presencia con la confusion que se puede V. imaginar.

Hizo que me sentara, que me sosegara y hablara. Luego que supo de que se trataba quiso chancearse del suceso; pero viendo que estaba yo en estremo

perturbado, y que no seria facil destruir esta impresion, mudó de estilo. No merece V. ni mi amistad, ni mi estimacion; si por mí lacayo me hubiera tomado la cuarta parte del afán que por V., le hubiera hecho hombre; pero V. no es nada. Ah! le dije, es mucha verdad, todo cuanto bueno en mí habia venia de ella; ya no la he de volver á ver y no soy nada. Se sonrió y me dió un abrazo. Sosieguese V., me dijo, que mañana tendrá juicio; yo me encargo de todo. Mudando luego de conversacion me propuso que nos partiesemos, y yo vine en ello. Engancharon los caballos y nos vestimos. Al entrar en la silla de posta, dijo Milord una palabra al oído del postillon y nos partimos.

Andabamos sin hablarnos palabra, y estaba yo tan preocupado con mi fatal sueño, que nada veia ni oía, y ni siquiera puse atencion en que el lago que estaba antes á mi mano derecha se hallaba á la izquierda. El ruido del empedrado fué el que me sacó de mi letargo, y me hizo ver con un asombro que con facilidad puede V. comprender que entramos en Clarens. A trescientos pasos de la verja hizo parar Milord, y tomádomeme aparte. Ya ve V., me dijo, mi proyecto que no necesita explicacion. Vaya V. visionario, añadió apretandome la mano, vaya á verla. Feliz en que no vean las locuras de V. sino personas que le quieren, dese V. prisa, que aquí le aguardo, pero sobre todo no vuelva sin haber rasgado ese velo fatal tejido en su cerebro.

Que podia decir? Fuime sin dar respuesta. Eché á andar con pasos presturos que se tornaban mas lentos á medida que me iba acercando á la casa. ¿Que personaje iba á representar? como me habia de atrever á presentarme? con que pretexto daria color á este no previsto regreso? con que cara alegaria mis ridiculos temores y aguantaria las miradas de desprecio del generoso Wolmar? cuanto mas me acercaba mas pueriles mis sustos me parecian, y mas ridicula mi estravagancia. No obstante, todavia me agitaba un funesto auspicio, y no me sentia sosegado. Caminaba siem-



pre, aunque despacio, cuando habiendo ya llegado cerca del patio oí abrir y cerrar la puerta del Eliseo. No viendo salir à nadie de la vuelta por fuera, y fui por la orilla costeano la pajarera, en cuanto me fué posible. Luego conocí que se acercaba gente. Poniendo atentamente el oído las oí hablar à Vds. dos, y sin que me fuera posible entender ni una palabra, encontré en el metal de su voz de V. no sé que desmayado y tierno que me causó mucha emoción, y en el de ella un acento afectuoso y suave como acostumbra, pero sereno y apacible, que al instante me hizo volver en mí, y que fué el verdadero despertador de mi sueño.

Incontinentemente me sentí mudado de manera que me burlé de mí propio y de mis vanos temores. Pensando que solo tenía que atravesar un vallado y algunas zarzas para ver llena de vida y salud à la que había creído que no volvería jamás à ver, adjuré por siempre mis temores, mi susto, mis quimeras, y me determiné sin dificultad à volver à partir sin verla siquiera. Clara, se lo juró à V., no solo no la vi, pero me volví ufano con no haberla visto, con no haber sido flaco y credulo hasta el fin, y con haber hecho à lo menos al amigo de Eduardo el honor de que fuera superior à un sueño.

Esto era, querida prima, lo que tenía que decir à V. y esta la postrera confesión que por hacerle me quedaba. Las circunstancias de lo demás de nuestro viaje ningun interes ofrecen; bastame con protestar à V. que desde entonces no solo está Milord satisfecho conmigo, sino que yo propio lo estoy todavía mas, porque conozó mi cura radical mucho mejor que él la puede ver. Por temor de dejarle una inútil desconfianza le he callado que no las había à Vds. visto. Cuando me preguntó si estaba descornado el velo se lo afirmé sin vacilar un punto, y no hemos hablado mas del lance. Sí, prima, rasgado está para siempre el velo que mi razon tenía ofuscada, apagados todos mis inquietos raptos, veo todas mis obligaciones, y las amo. A entrambas Vds. las quiero mas que nunca, pero no distin-

que ya mi corazón à una de otra, ni se para las inseparables.

Antes de ayer llegamos à Milan, y salimos pasado mañana. Dentro de ocho dias pensamos estar en Roma, donde espero hallar à nuestro arribo noticias de V. ¿Cuanto ansio por ver estas dos asombrosas personas, que hace tanto tiempo que perturban el sosiego del mejor de los hombres. ¡O Julia, ó Clara! sería menester una igual à vosotras para encargarse de su felicidad.

## CARTA X.

DE LA SEÑORA DE ORBE A SAN PREUX.

Todos esperabamos con ansia noticias de V., y no necesito decir cuanta satisfacción han causado en la comunidad sus cartas; pero lo que no adivinará V. tan facilmente es que de toda la casa, yo soy la que menos gusto con ellas he tenido. Todos han sabido que había V. pasado con felicidad los Alpes, y yo he pensado que se hallaba V. mas allá.

En cuanto à la narracion que V. me hace, no hemos dicho nada de ella al Baron, y à todo el mundo he omitido algunos soliloquios muy inútiles. El señor de Wolmar ha tenido la bondad de no hacer otra cosa que reirse de V.; pero Julia no se ha podido acordar de los postreros instantes de su madre sin nuevo sentimiento y nuevas lagrimas. Del sueño de V. solo ha notado lo que refrescaba su dolor.

Yo por mí le diré à V., mi querido maestro, que lo que mas extraño es verle en admiracion continua de sí propio, siempre dando cima à algun disparate y siempre empezando à tener juicio; porque hace mucho tiempo que pasa su vida echandose en cara el dia de ayer, y dandose el parabien del de mañana.

Tambien confieso que ese grande esfuerzo de animo, que estando tan cerca de nosotros le hizo à V. volverse como se había venido, no me parece tan portentoso, y le hallo menos juicioso que vano; porque, todo bien examinado, mas quisiera menos fuerza con alguna mas razon. Acerca de este modo de irse le pudieramos preguntár à V. que había

venido à hacer. Ha tenido V. vergüenza de que le vieran, y debería haberla tenido de no haberse atrevido à presentarse, como si la satisfaccion de ver à sus amigos no borrarse veinte veces la corta desazon de sus burlas. ¿No era mucha fortuna para V. el venir con su facha desfavorida à darnos que reir un rato? Bien está, yo no hice burla de V. entonces, pero ahora hago mucha mas; aunque no tengo tanta gana de reir porque estoy privada del gusto de verle rabiar.

Por desgracia hay otra cosa peor, y es que me agitan ahora todos sus temores de V. sin que à su ejemplo me haya sosegado. Este sueño tiene un no sé que horroroso que me asusta y me entristece contra mi voluntad. Al leer la carta de V. desaprobaba sus temores, al acabarla he desaprobado su confianza. No es posible entender porque estaba V. entonces tan conmovido, ni porque se ha quedado tan tranquilo. ¿Por que rareza ha conservado V. los mas tristes anuncios hasta el instante en que pudo desvanecerlos y no ha querido? Un paso, un gesto, una palabra, ya se concluía todo. Se había sobresaltado V. sin razon, y lo mismo se ha tranquilizado, pero me ha pegado el susto que ya no tiene; y resulta que no habiendo tenido fortaleza, una vez en su vida la ha tenido à costa mia. Desde la fatal carta no me deja una opresion de corazón, no me acerco à Julia sin que tiemble de perderla, cada instante me figuro en su rostro la amarillez de la muerte, y esta mañana teniendola estrechada en mis brazos corrian mis lagrimas sin saber porque. Ese velo! ese velo!... no sé que siniestro tiene que me quita el sosiego cada vez que lo pienso. No, no puedo perdonar à V. el haberle podido descorrer y no hacerlo, y me temo mucho que no he de tener de hoy mas un instante de gusto hasta que le vuelva à ver al lado de ella. Pero confiese V. que despues de hablar tanto tiempo de filosofia, al fin se ha mostrado filosofo muy fuera de sazón. Ah, sueñe V. y vea à sus amigos, que vale mas que huir de ellos y ser sabio.

Por la carta de Milord al señor de Wolmar parece que piensan de veras en

venirse à establecer con nosotros. Luego que haya tomado ahí su determinacion y que esté resuelto su corazón, vuelvan Vds. ambos dichosos y de fijo, que es el anhelo de la comunidad, y especialmente el de su amiga

Clara de Orbe.

P. D. Si es cierto que nada ha oido V. de nuestra conversacion en el Eliseo eso mejor acaso es para V., porque sabe que soy muy lista para ver las personas sin que las personas me vean, y muy maliciosa para hacer rechifa de los que en atisbo se ponen.

## CARTA XI.

DEL SEÑOR DE WOLMAR A SAN PREUX.

ESCRIBO à milord Eduardo, y le hablo de V. tan por estenso, que no me queda que hacer otra cosa en esta que remitirle à la que à él le dirijo. Su carta de V. exigiria de mi parte una restitucion de cumplidos, pero llamarle à mi familia, tratarle como hermano y amigo, hacer una hermana suya de la que fué su amante, entregarle la autoridad paternal en mis hijos, fiarle mis derechos despues de haber usurpado los suyos; estos son los cumplidos de que he creído que era V. digno. Si por su parte justifica V. mis afanes y mi conducta, me tendré por muy elogiado. He procurado honrar à V. con mi estimacion; honre me V. con sus virtudes; cualquier otro elogio debe desterarse entre nosotros.

Lejos de extrañar que haya hecho impresion en V. un sueño, no veo porque tanto se culpa de haber cedido à ella. Pareceme que para un hombre sistemático poco asunto es un sueño mas ó menos.

Pero de lo que yo le culparia à V. no tanto seria del efecto de su sueño como de la naturaleza de este, y por un motivo muy distinto del que pudiera V. pensar. Dicen que un antiguo tirano mandó quitar la vida à un hombre, porque había soñado que le daba puñaladas. Acuerdese V. del motivo que para esta muerte alegó, y haga la aplicacion à sí mismo. ¿Que; ya V. à decidir la suerte de su antiguo amigo y picusa en sus amores!



Sin las conversaciones de la noche anterior nunca le hubiera perdonado à V. ese sueño. Piensa V. por el dia en lo que tiene que hacer en Roma, y pensará menos por la noche en lo que sucedió en Vevay.

La Paca está mala, y su indisposicion tiene ocupada à mi muger, y no le da tiempo para escribir à V.; pero aqui hay quien de buena voluntad suple por ella. Mozo feliz! todo conspira à la felicidad de V.; todas las recompensas de la virtud le esperan para forzarle à que se haga acreedor à ellas. De la de mis beneficios no encargue V. à ninguno sino à sí propio; de V. solo la aguardo.

## CARTA XII.

DE SAN PREUX AL SEÑOR DE WOLMAR.

QUÉDESE esta carta entre V. y yo; sepulte por siempre en un profundo secreto los errores del mas virtuoso de los hombres; En que arriesgado paso me encuentro atollado! Oh prudente amigo y bienhechor mio, si yo tuviera todos los consejos de V. en la memoria como tengo sus bondades en el corazon! Nunca tanta necesidad de prudencia tuve, y nunca perjudicó tanto el miedo de que me falte à la poca que tengo. Ah; donde están los cuidados paternales de V.? donde sus lecciones y sus luces? que será de mí sin V.? En este instante de crisis diera todas las esperanzas de mi vida por tener à V. aqui por espacio de ocho dias.

Todas mis conjeturas me han salido equivocadas, y solo he cometido yerros hasta ahora. Solo à la marquesa temia; despues de haberla visto, asustado de su hermosura y de su astucia, me esforzaba à desprender enteramente de ella la noble alma de su antiguo amante. Lleno de satisfaccion trayendole hacia la parte de donde nada que temer veia, le hablaba de Laura con la estimacion y pasmo que me habia inspirado, y alojando su mas apretado nudo con la otra, esperaba al fin romperlos ambos.

Acomodóse al principio à mi proyecto, siguió con un exceso de condescendencia mis impulsos, y queriendo así re-

primir mis importunidades dandome algun sobresalto, afectó mas fineza que la que à Laura presumia tenerle. ¿Qué diré à V. hoy? continua en mostrarse tan fino, pero ahora es sin afectacion. Exhausto su corazon con tantas lides, se ha encontrado en un estado de flaqueza de que ella se ha aprovechado. A qual quiera seria difícil fingir mucho tiempo amor cerca de ella; considere V. que será al objeto mismo de la pasion que la consume. Verdaderamente es imposible contemplar à esta malhadada sin que mueva su espresion y su semblante, la hace mas interesante una impresion de prostracion y descaecimiento que nunca abandona su bello rostro, y apaga la viveza de su fisonomia; y así como los rayos del sol por entre celajes lucen, sus ojos eclipsados por el dolor lanzan fuegos mas suaves. Hasta su humillacion lleva visos de modestia; quien la ve le compadece, y la respeta quien la escucha; finalmente debo decir en abono de mi amigo que solo dos hombres conozco en el mundo que puedan sin riesgo estar à su lado.

Se descarría, Wolmar, lo veo, lo conozco, se lo confieso à V. en la amargura de mi corazon. Me estremezco pensando hasta que punto puede su estravio hacer que se olvide de quien es y de lo que à sí propio se debe, y tiemblo de que su intrepido amor à la virtud, que hace que desprecie la opinion publica, le arrastre al estremo opuesto, y le empeñe à arrostrar tambien las leyes sagradas de la decencia y la honradez. ¿Eduardo Bomston hacer semejante matrimonio!... V. piensa!... en presencia de su amigo!... que lo permite!... que lo aguanta!... que todo se lo debe!... Será preciso que me saque el corazon con su mano antes que así la profane.

¿Pero que he de hacer? como he de obrar? V. conoce su vehemencia; nada se grangea con él con argumentos, y los suyos de algun tiempo acá no son aptos para calmar mis temores. Primero he fingido que no los entendia, he hecho hablar indirectamente la razon con maximas generales, y él alternativamente no me entiende ahora. Si me pruebo à

tocarle en lo vivo me responde con sentencias y cree que me ha refutado; si insisto se enoja, toma un tono que debería siempre ignorar un amigo, y à que no sabe responder la amistad. Crea V. que en este lance no soy ni tímido ni medroso; quien hace lo que debe sobradamente está à tener energia; pero aqui no se trata de energia, sino de salir con lo que se pretende, y una tentativa mal hecha puede perjudicar à los designios mas bien concertados. Casi no me atrevo à meterme con él en discusion ninguna; porque todos los dias reconozco la verdad de la advertencia que me dió V. que me vence en dialéctica, y que no conviene que le inflame en la disputa.

Por otra parte parece algo tibio conmigo; dirian que le doy inquietudes. ¿Cuan sobajado con un instante de flaqueza se halla un hombre à todas luces tan superior! De su amigo, de su criatura, de su alumno, tiene miedo el grande, el sublime Eduardo! Y aun por algamas espresiones que ha soltado acerca de la mansion que eligirá si no se casa, parece que quiere tentar mi fe por mi interes. Bien sabe que ni debo ni quiero abandonarle; Oh Wolmar! yo cumpliré con mi obligacion y seguiré adonde él fuere à mi bienhechor. Si fuera vil y cobarde ¿que grangearia yo con mi alevosia? Fiarian Julia y su digno esposo sus hijos de un traidor?

Muchas veces me ha dicho V. que las pasiones debiles nunca se engañan y siempre se encaminan al fin que se han propuesto, pero que es posible armar las violentas contra ellas propias, y he creído que podia hacer uso aqui de esta. Efectivamente, la conmiseracion, el desprecio de las preocupaciones, el habito y todo cuanto en este caso à Eduardo determina es insensible à poder de pe-

queñez, y casi no se puede atacar, en vez de que es inseparable de la generosidad el amor verdadero y que con esta siempre puede ser combatido. He tentado este medio indirecto, y no estoy desesperanzado del logro. Parece un remedio cruel, y no sin repugnancia me he resuelto à usarle; pero pesandolo bien todo, creo que à Laura misma le hago un servicio. ¿En el estado à que puede subir que mas haria que poner patente su pasada ignominia? Pero cuan grande puede ser, quedandose lo que es! Si tengo conocida à esta estraña muger mas se gozará en este sacrificio que en el puesto elevado que deseche.

Si me faltase este medio, me queda otro de parte del gobierno à causa de la religion, pero este solo en el ultimo apuro debe usarse, y à falta de cualquier otro; sea como fuere no quiero omitir ninguno para precaver una indigna y deshonesta alianza. Oh respetable Wolmar! quiero ser acreedor à la estimacion de V. en todos los instantes de mi vida. No obstante cuanto pueda escribir à V. Eduardo, y cuanto pueda oír decir, acuerdense V. que sea al precio que fuere, mientras palpitate mi corazon en mi pecho, nunca *Lauretta Pisana* será lady Bomston.

Si aprueba V. mis medidas no necesita responder à esta. Si me equivoco avisemelo V.; pero desde priesa, porque no hay que perder un instante. Haré poner el sobre por mano estraña: tome V. la misma precaucion para responderme. Despues de haberse examinado lo que se debe hacer quome V. mi carta y olvide su contenido. Este es el primero y el unico secreto que en toda mi vida habré tenido oculto para las dos primas y si mas me atreviera à fiarme de mis luces tampoco à V. se le hubiera revelado (1).

(1) Para la inteligencia de esta carta, y de la tercera de la sexta parte fuera necesario saber las aventuras de milord Eduardo, y yo estaba resuelto à añadir las à esta coleccion. Pensándolo mejor no me he determinado à echar à perder la sencillez de la historia de los dos amantes por lo novelesco de la del inglés. Mas vale dejar que adivine algo el lector (Véanse las aventuras de milord Eduardo al fin de la obra).



## CARTA XIII.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA DE OREE.

PARACE que no estaba aguardando el correo de Italia nada mas que tu salida para llegar él, como para castigarte de haberla dilatado por él solo. No he sido yo quien tan lindo descubrimiento he hecho, que ha sido mi marido el cual ha reparado que habiendo hecho poner los caballos à las ocho te detuviste hasta las once, no por amor de nosotros, sino despues de haber preguntado veinte veces si eran las diez, porque es la hora à que de ordinario pasa el correo.

Cogida estás, pobre prima, y no te puedes volver atras. No obstante el vacifinio de la Chaillot esta Clara tan loca, ó por mejor decir tan juiciosa, no ha podido serlo hasta el fin, veste aqui en las mismas redes de que con tanto alfan me desenredaste, y no has podido conservarte tú en la libertad que à mi me has restituído: ¿ha llegado mi turno de reirme ahora? Amada prima, menester serian tus gracias y tu embeleso para saberse chancear como tú, y dar à las mismas burlas el afectuoso y tierno acento del cariño. ¡Y luego, que diferencia entre nosotras! ¿Con que cara me pudieras yo burlar de un mal cuya causa soy, y que te has hecho tú por quitarme à mí? No hay en tu corazon un afecto que algun motivo de gratitud no ofrezca al mio, y hasta tu flaqueza todo es en ti obra de tu virtud. Esto mismo es lo que me consuela y divierte. Debía lastimarme y dolerme de mis yerros, pero muy bien puedo mofarme de la vergüenza sin fundamento que te hace sonrojarte de una inclinacion tan pura como tú.

Volvamos al correo de Italia, y dejemos por un instante las moralidades, que fuera lo contrario abusar en demasia de mi antiguo título, porque es lícito hacer dormir à su auditorio, mas no hacerle impacientar. Pues bien: ¿ese correo que con tanta pausa bago yo llegar, que ha traído? Nada mas que la buena salud de nuestros amigos, y à mas una carta muy larga para ti. Ah, bueno; ya veo

que te sonries y tomas aliento, la carta que ha venido hace que esperes con mas paciencia su contenido.

Pues tambien tiene la tal carta su merito, aun habiendose hecho tanto desear, porque respira tan... Pero no quiero hablarte mas que de novedades y cierto que no lo es lo que iba à decirte.

Con esta carta ha venido una de mi lord Eduardo para mi marido, y muchas espresiones de amistad para nosotras. Esta si que tiene verdaderamente novedades, y eso menos esperadas que la primera que no me decia palabra. Al otro dia debian salir para Napoles, donde tiene algunos asuntos Milord, y de alli iran à ver el Yesuvio... ¿Te figuras tú que pueda tener tantos atractivos esta vista? De vuelta à Roma; piensa, imagina Clara... Eduardo está en vísperas de desposarse... No, gracias al cielo, con aquella indigna marquesa, que por el contrario avisa que está muy mala. ¿Pues con quien?... con Laura, con la amable Laura que... Mas sin embargo... ¿Que boda!... Nuestro amigo no mienta ni una palabra. Inmediatamente se pondrán en camino todos tres, y se vendrán aqui à concertar sus medidas definitivas. Mi marido no me ha dicho cuales sean, pero siempre está en que se quedará San Preux con nosotros.

Te confieso que me causa alguna inquietud su silencio, y no puedo ver con claridad lo que en esto hay; hallo situaciones raras y juegos del corazon humano que no se entienden. ¿Como ha podido un hombre tan virtuoso preardarse de tan duradera pasion por tan perversa muger como esta marquesa? como ella con tan cruel y violento caracter ha podido enamorarse con tanto ardor y constancia de hombre que tan poco se le parecia, si es verdad que se pueda honrar con nombre de amor un firot capaz de inspirar atrocidades? Como ha podido aguantar sus desordenes primeros un pecho joven tan generoso, tan tierno, y tan desinteresado como el de Laura? Como se ha librado de ellos por aquella falaz inclinacion que à nuestro sexo estravia? y como el amor que à tantas houradas mugeres ha perdido ha

conseguido hacer que una se torne tal? Dime, Clara mia, desunir dos corazones que sin convenirse se amaban, unir dos que sin entenderse se convenian; hacer que el amor triunfe del mismo amor; del seno del vicio y el oprobio sacar la virtud y la felicidad; librar de un monstruo à su amigo, criandole, por decirlo así, una compañera... desventurada, es cierto, pero amable, y honrada tambien, si, como yo pienso, es posible recuperar la honra: di ¿el que todo esto hubiese hecho seria culpado? fuera digno de vituperio quien lo hubiese consentido?

Así lady Bomston vendrá aqui, angel mio. ¿Que piensas de esto? al cabo ¿que portento debe ser esta admirable persona que estragó su educacion, que ha librado su corazon, y para quien ha sido el amor el sendero de la virtud! ¿Quien debe tenerla en mas estima que yo que hice todo lo contrario, y que descañé mi inclinacion sola, cuando todo contribuía à conducirme bien? Es cierto que me envilecí menos, ¿pero me he levantado como ella? He evitado tantos lazos y hecho tantos sacrificios? Del mas bajo escalon de la ignominia ha sabido subir al mas alto grado del honor, y es cien veces mas respetable que si nunca hubiera sido culpada. Es virtuosa y sensible: ¿que mas necesita para parecerse à nosotras? Si no hay redencion para los yerros de la mocedad, ¿que derecho tengo yo à mas indulgencia? De laute de quien he de esperar encontrar con perdon? que honor puedo pretender, si à honrarla me niego?

Pues bien, cuando me dice esto mi razon, murmura mi corazon, y sin poder explicar el que me cuesta dificultad el aprobar que haya hecho Eduardo este casamiento, y que su amigo haya consentido en él. ¡Oh la opinion! la opinion! Que penoso es sacudir su yugo! siempre nos conduce à la injusticia, el mal presente borra el bien pasado; ¿y el mal pasado no le ha de borrar nunca bien ninguno?

He dejado columbrar à mi marido mis recelos acerca de la conducta de San Preux en este asunto. Parece, le dije,

que se tiene vergüenza de hablar de ella à mi prima. Es incapaz de una vileza, pero es debil... Sobrada indulgencia con los yerros de un amigo... No, me dijo; ha hecho lo que debía, lo sé, y no puedo decirte nada mas; pero San Preux es un mozo honrado; yo respondo por él, y tú quedarás satisfecha... Clara, es imposible que me engañe y se engañe Wolmar. Una respuesta tan terminante me ha hecho volver en mí; he comprendido que procedian todos mis escrúpulos de una engañosa delicadeza, y que si fuera yo menos vana y mas equitativa, encontraría à lady Bomston mas digna de su suerte.

Pero dejemos à lady Bomston, y volvamos à nosotras. ¿No ves al leer esta carta que volverán nuestros amigos mas breve que los aguardabamos? No te dice nada el corazon? no late ahora con mas fuerza de la acostumbrada ese corazon sobrado tierno, y sobrado parecido al mio? no piensa en el riesgo de vivir en la intimidad con un objeto amado, de verle todos los dias, de habitar en la misma casa? Y si no me privaron de tu estimacion mis errores, ¿no te hace temer nada mi ejemplo? ¿Cuántos temores acerca de mí en nuestros primeros años te infundieron la razon, la amistad, el honor que me hizo despreciar el ciego amor! Ahora es mi turno, dulce amiga mia, y ademas tengo para que me des oídos la triste autoridad de la esperiencia. Escuchame, ahora que es tiempo, para que vea que despues de haber pasado la mitad de tu vida llorando mis yerros pases la otra en lamentarte de los tuyos. Sobre todo no te fies de esa atolondrada alegría que guarda à las que nada tienen que temer, y pierde à las que están en peligro. ¡Clara! Clara! tú te burlaste un tiempo del amor, pero era porque no le conocias; y porque no te habia tirado sus flechas te creías superior à sus tiros: ahora se venga y se rie. Aprende à desconfiar de tu alevisa alegría, ó teme que te cueste un dia muchas lagrimas. Querida amiga, ya es tiempo de descubrirte à ti misma, porque basta aqui no te has mirado bien; te has equivocado acerca de tu caracter,



y no te has sabido apreciar en lo que valias. Te has fiado de las razones de la pobre Chaillot: por tu juguetona viveza te creyó poco sensible; pero un corazón como el tuyo era muy superior á sus alcances. No era la Chaillot capaz de conocerte, ni nadie mas que yo te ha conocido bien en el mundo. Nuestro mismo amigo mas bien ha adivinado que entendido lo que tú vales. Te ha dejado con tu error mientras ha podido serte útil, ahora que te perjudicaria es necesario quitarte.

Eres viva y te crees poco sensible. ¡Pobre niña, cuanto te engañas! Tu propia viveza es prueba de lo contrario: ¿no se ejercita siempre en cosas de sensibilidad? Las gracias de tus donaires no vienen siempre de tu corazón? Tus burlas son indicios de cariño mas afectuosos que los cumplidos de otro; halagas cuando loqueas; te ries, pero tu risa llega al corazón; te ries, pero arrancas lágrimas de ternera, y casi siempre te veo seria con los indiferentes.

Si no fueses mas de lo que ser presumes, dime ¿que nos estrecharia tanto una con otra? cual seria entre nosotros el vinculo de una amistad de que no hay ejemplo? por cual portentoso habria venido esta inclinacion á albergarse en un corazón incapaz de inclinaciones? Que, no sabe amarla la que solo por su amiga ha vivido? no sabe preferir la amistad á nada la que por seguirla quiso abandonar su padre, su novio, sus parientes y su país? y que he hecho yo que tengo el corazón sensible? Prima, me he dejado querer, y no he logrado poco, si con toda mi sensibilidad te he pagado tu amistad con otra que á la tuya equivaliese.

Estas contradicciones te han dado de tu carácter la mas extravagante idea que ha podido una loca como tú formarse, que es creerte de consuno ardiente amiga y amante tibia. No pudiendo negar el tierno afecto de que te sentias llena, has creído que no eras capaz de otro. Fuera de tu Julia no pensabas que po-

dia moverte nada en el mundo; como si los pechos naturalmente sensibles pudieran serlo para solo un objeto, y como si me hubieras podido querer bien, si solo á mi hubieras querido. Preguntabas con mucho donaire si tenia sexo el alma. No, hija mia, el alma no tiene sexo; pero sus afecciones distinguen los sexos, y sobrado empezas á experimentarlas. Porque no te habia movido el primer amante que se presentó á ti creíste al instante que no podia nada moverte; porque no tuviste amor al que por tí suspiraba has creído que no te podias prender de nadie. Sin embargo, cuando fue tu marido le quisiste, y tanto que nuestra intimidad misma se alojó, y esa alma tan poco sensible todavia supo hallar un suplemento al amor tan tierno que satisfizo á un hombre de bien.

Pobre prima, á tí compete de hacer mas resolver tus propias dudas, y si es cierto

*Que un tibio amante es poco fiel amigo (1),*

me temo tener ahora una razon mas para contar contigo; pero es menester que te acabe de decir todo cuanto acerca de esto pienso.

Sospecho que tú has estado enamorada sin saberlo, mucho antes de lo que piensas, ó á lo menos que la inclinacion que á mí me perdió te hubiera seducido á tí si no te hubiera yo ganado por la mano. ¿Te imaginas que tan natural y tan dulce afecto pueda tardar tanto en engendrarse? te imaginas que de la edad que teniamos sea posible tener impunemente intimo trato con un mancebo amable, que siendo nuestros gustos todos tan conformes solo este pudiera ser diverso? No, angel mio, le hubieras amado, estoy cierta de ello, si no le hubiera yo amado la primera. Menos flaca y no menos sensible, hubieras sido mas casta que yo sin ser mas feliz. ¿Pero que inclinacion hubiera podido vencer en tu virtuoso pecho el horror de la traicion y la infidelidad?

(1) El verso del original dice la inversa, y con paz sea dicho de las hermosas damas, mas noble y mas cierto es el pensamiento del Autor.

La amistad te libró de los lazos del amor; solo un amigo viste en el amante de tu amiga, y á costa de mi corazón recastaste así el tuyo.

No son estas conjeturas tan conjeturas como tú piensas, y si quisiera yo traer á la memoria tiempo que conviene olvidar, fácil me seria hallar en el interés que creías que por mí sola tomabas no menos vivo interés por lo que yo amaba. No atreviéndote á amarlo querias que lo amase yo; tuviste á cada uno de nosotros por indispensable para la felicidad del otro; y ese corazón que no tiene en el mundo su igual nos quiso con mas ternera á entrambos. Está cierta de que sin tu propia flaqueza menos indulgente habrias sido, pero con nombre de celos te hubieras echado en cara una justa severidad. No te veias con derecho de combatir en mí la inclinacion que hubiera sido necesario vencer; y temiendo ser perdida so color de prudencia, con sacrificar á nuestra felicidad la tuya creíste que habias cumplido con lo que exigía la virtud.

Clara mia, esa es tu historia; así me fuerza tu tiranica amistad á agradecerme mi ignominia, y á darte gracias de mis culpas. Sin embargo, no pienses que en esto quiero imitarte; tan poco dispuesta estoy á seguir tu ejemplo como tú el mio, y como no tienes porque temer mis yerros, tampoco tengo yo, gracias al cielo, tus motivos de indulgencia. ¿Que no mas digno puedo hacer de la virtud que me has resituido que ayudarte á conservar la tuya?

Es preciso que tambien te diga mi parecer acerca de tu actual estado. No ha mudado la dilatada ausencia de nuestro maestro tus disposiciones respecto á él; el cobro de tu libertad y su regreso han producido una epoca nueva de que se ha sabido aprovechar el amor. No ha nacido un afecto nuevo en tu corazón, pero el que en él tanto tiempo se escondió se ha esplayado con mas libertad. Usana con atreverte á confesarte á tí propia, te has dado prisa á decirmele. Pareciate casi necesaria esta confesion para que fuera tu cariño enteramente sincero; y acaso no te has dejado lle-

var de la dolencia que combatias tantos años hacia, sino para mejor acabar de sanarme á mí de ella.

Todo esto lo he conocido, mi querida, y me he sobresaltado poco de una inclinacion que me servia de seguro, y que no podias tú mirar como culpada. Este invierno que hemos pasado todos juntos en el seno de la paz y la amistad me ha infundido todavia mas confianza, viendo que lejos de perder nada de tu alegría parecia que se habia aumentado. Te he visto tierna, cuidadosa, atenta; pero ingenua en tus halagos, natural en tus juegos, sin arte ni misterio en todas tus acciones, y en tus mas halagüeñas provocaciones todo lo reparaba la alegría de la inocencia.

Desde nuestra conversacion del Eliseo no estoy tan contenta contigo; te encuentro triste y cavilosa, te hallas sola tan bien como con tu amiga; no has mudado de estilo, pero si de tono de voz; son tus chanzas mas tímidas, no te atreves á hablar con tanta frecuencia de él; dijeran que siempre temes que te está escuchando, y por tu inquietud se echa de ver que esperas noticias tuyas sin ser osada á preguntarlas.

Mucho me temo, mi buena prima, que no sientes todo tu mal, y que no se haya encarnado la punta muy mas hondo de lo que al parecer piensas. Creeme, sondea bien tu doliente razon; y respondete á tí misma, te lo repito, si por muy virtuosa que una sea es posible que viva mucho tiempo sin riesgo con lo que bien quiere, y si la confianza que á mí me perdó está totalmente exenta del peligro para tí. Ambos sois libres, y justamente esto es lo que hace mas sospechosas las ocasiones. En un corazón virtuoso no hay flaqueza que á los remordimientos se rinda, y convengo contigo en que siempre tiene una suficientes fuerzas contra el delito: mas ay! quien puede librarse de ser flaca? Considera no obstante las consecuencias, y piensa en los efectos de la vergüenza. Para ser acatada es menester acatarse. ¿Como puede merecerse el respeto ajenos quien del suyo propio no goza? y donde se parará en la vereda del vicio



la que sin susto el pie en ella puso? Esto diria yo à esas mugeres del mundo que no hacen aprecio ni de la moral ni de la religion, y que no tienen mas ley que la opinion agena. Pero tú, muger virtuosa y cristiana, tú que sabes tu obligacion y la amas, tú que conoces y practicas otras reglas que los fallos del publico; tu honor primero es el que tu conciencia te tributa, y este es el que de conservar se trata.

¿Quieres saber tu yerro en todo este negocio? pues consiste, te lo repito, en avergonzarte de un afecto honrado, que para que sea inocente no tienes que hacer mas que declararle (1). Pero con todo lo atolondrado de tu genio no hay persona mas timida que tú; te chanceas para echarla de valiente, y veo tu pobre corazon temblando todo; y hacer con el amor, del cual finges que te ries, como los niños que cantan de noche cuando tienen miedo, querida amiga! Acuérdate de que, mil veces te lo he dicho, la vergüenza falsa es la que à la verdadera conduce, y no sabe sonrojarse la virtud sino de lo que es malo. ¿Es en sí mismo el amor un delito? no es la mas pura como la mas suave inclinacion de la naturaleza? no tiene un fin loable y bueno? no desdeña las almas bajas y soeces? no anima las nobles y maguanimas? no ennoblece todos sus afectos? no dobla su ser? no las eleva à esfera superior à ellas mismas? Ah! si para ser honesta y virtuosa es necesario ser inaccesible à sus flechas, di ¿que queda para la virtud en la tierra? El desecho de la naturaleza y los mas viles de los mortales.

¿Pues que has hecho que puedas echarte en cara? no has hecho eleccion de un hombre de bien? no es libre? no lo eres tú? no merece toda tu estimacion? no gozas tú de la suya? no será mucha dicha para ti hacer la de un amigo tan acreedor à este nombre, pagar con tu corazon y persona las antiguas deudas de tu amiga, y honrar ele-

vandose hasta ti el merito agraviado por la fortuna?

Bien veo los mezuquinos escrúpulos que te detienen, desmentir una resolucioñ hecha y declarada, dar sucesor al difunto, mostrar al publico su flaqueza, casarse con un aventurero, porque las almas villanas, prodigas siempre de epitetos infamantes sabrán muy bien hablar este; estas son las razones por que mas quieres reprenderte de tu inclinacion que justificarla, y mantener vivos tus fuegos en lo recondito de tu corazon que hacerlos legitimos. Pero donde está por tu vida la torpeza en casarse con el que se quiere, ó en quererle sin casarse? Esa es la opcion que te queda que hacer. El honor que al difunto debes es tener suficiente respeto à su viuda para darle antes un marido que un amante; y si te fuerza tu juventud à que sustituyas su puesto, ¿no es tributar aun homenaje à su memoria elegir à un hombre que fué amigo suyo?

En cuanto à la desigualdad, creo que te ofenderia combatiendo tan frivola objecion: cuando de virtud y buenas costumbres se trata, no conozco yo otra desigualdad que deshonne que la que del caracter y educacion procede. A cualquier estado que un hombre imbuido en maximas viles ascienda, siempre es vergüenza enlazarse con él; pero un hombre criado con sentimientos de honor es igual de todo el mundo; no hay alta gerarquia donde no se halle en su lugar. Ya sabes cual fué el dictamen de tu propio padre cuando se trató de mí para nuestro amigo. Su familia aunque oscura, es decente; él goza de la estimacion publica y la merece. Con esto, aunque fuera el ultimo de los hombres no deberias titubear, porque vale mas agravar la hidalgua que la virtud, y mas respetable es la esposa de un carbonero que la dama de un principe.

Tambien columbro otra especie de remora en la necesidad de declararte la

(1) ¿Porque deja el Editor las repeticiones continuas de que está llena esta carta, así como otras muchas? Por una razon muy obvia, porque no se cura de que à los que semejante pregunta hicieron les agrade esta correspondencia.

primera, porque como debes conocerlo, para que él se arriesgue à aspirar à ti es necesario que tú se lo permitas; y esta es una de las compensaciones mas justas de la desigualdad que muchas veces cuesta al mas alto pasos que mortifican. Esta dificultad yo te la perdono, y te confieso que me parecia muy grave; si no me encargase yo de removerla. Espero que haces suficiente confianza de tu amiga para creer que lo haré sin comprometerte; y estoy tan persuadida del logro, que con la mayor confianza me encargaré de todo, porque no obstante lo que me deciais ambos en otro tiempo acerca de la dificultad de transformar en dama à una amiga, si conozco bien un corazon en que tan bien à leer aprendi, ereo que en este lance no exige la empresa mucha maña de mi parte. Te propongo que me dejes encargarme de esta negociacion, à fin de que te puedas abandonar al gusto que te causará su vuelta, sin misterio, sin sentimiento, sin riesgo, y sin vergüenza. ¡Ah, prima, que embeleso será para mí reunir dos corazones tan aptos uno para otro, y que hace tanto tiempo que en el mio se confunden! Confundanse todavia mejor, si es posible, y no hagais mas que uno solo para vosotros y para mí. Sí, Clara mía, todavia servirás à tu amiga coronando tu amor, y estaré yo mas cierta de mis propios afectos, cuando no pueda separarlos entre vosotros.

Mas si no obstante mis razones no te conviene este proyecto, es mi dictamen que à cualquier precio que fuere apartemos de nosotros à este hombre peligroso, temible siempre para una ó para otra; porque en todo evento, todavia nos importa menos la educacion de nuestros hijos que la virtud de sus madres. Te doy tiempo para que lo medites todo esto durante tu viaje, y conferenciaremos sobre ello cuando estés de vuelta.

Tomó la determinacion de dirigirte esta carta à Ginebra en derechura, porque no habiendo de dormir mas que una noche en Lausana, no estarias ya cuando llegase. Traeme muchas particularidades de la republica chica. Atendido

todo el bien que dicen de esta preciosa ciudad, te tendria por feliz de haber ido à verla, si pudiera hacer aprecio de las satisfacciones que à costa de sus amigos se compran. Nunca he sido aficionada al lujo, y ahora le aborrezco porque me priva de ti por espacio de no sé cuantos años. Hija mía, ni una ni otra fuimos à comprar nuestro ajuar de boda en Ginebra; pero por mucho que pueda ser el merito de tu hermano, dudo que sea mucho mas feliz tu cuñada con sus encajes de Flandes y sus tejidos de la India, que nosotros con nuestra llaneza. Te encargo no obstante à despecho de todo mi rencor que le ruegues que venga à celebrar las bodas en Clarens. Mi padre escribe al tuyo, y mi marido à la madre de la novia para suplicarcelo. Ahí van las cartas, daselas, y apoya el convite con tu renaciente credito, que es todo cuanto hacer puedo para que no se celebre sin mí la fiesta, porque te declaro que por motivo ninguno me avendré à abandonar mi familia. A Dios, prima, danos noticias tuyas, y sepa yo à lo menos para cuando ha de ser la vuelta. Ya han pasado dos dias desde tu partida, y no sé vivir mucho tiempo sin ti.

P. D. Mientras que escribia esta carta que he interrumpido varias veces la señorita tu hija se tomaba tambien la libertad de escribirte ella. Como quiero que digan siempre las criaturas lo que piensan, y no lo que les mandan que digan, he dejado à la escribanilla que pudiese lo que le viniese à la cabeza sin alterar ni una letra. Tercera carta inclusa en la mia. Bien creo que no será esta la que tu busques mirando al soslayo cuando abras esta. Pues la que aguardas excusa de buscarla mas tiempo, porque no la encontrarás. A Clarens viene dirigida, con que así en Clarens la debes leer; compoute como quieras.

## CARTA XIV.

DE HENRIETA A SU MADRE.

¿DONDE está V. mamá? Dicen que en Ginebra que está tan lejos, que es menester andar dos dias todito el dia,



para llegar alla; ¿quiere V. tambien irse à dar la vuelta al mundo? Mi papita se ha ido esta mañana à Etange, mi abuelito está à cazar, mi mamita se ha encerrado à escribir, y solo queda mi amiga la Marica, y mi amiga la Paca. Dios mio, yo no sé como anda esto; pero desde que se fué nuestro buen amigo todo el mundo se va por su lado. Mamá, V. ha sido la que primero ha empezado. Ya estabamos tan tristes, cuando no tenia V. nadie à quien hacer rabiar. Pues vaya que es peor desde que V. se ha ido, porque la mamita no está de tan buen humor como cuando V. estaba. Mamá, mi maliito está bueno, pero ya no la quiere à V., porque ayer no le hizo brincar como acostumbra. Creo que todavia la querria yo à V. un poco, si volviera bien presto para que nos alegráramos algo. Si quiere V. hacer las paces conmigo, traigale à mi maliito alguna cosa que le guste mucho. Para

hacerlas con él ya sabrá V. lo que es menester que traiga. ¡Ay, Dios mio! si nuestro buen amigo estuviera aqui, que breve lo habria adivinado! Mi abuelito bueno esta todo hecho añicos; mi vestido azul hecho un trapo, mi velo de blonda lleno de agujeros, y mis mitones calados no valen ya nada. Buenos dias mamá. Tengo que acabar mi carta, porque la mamita ha concluido la suya, y ha salido de su gabinete. Creo que tiene los ojos encarnados de llorar; no me atrevo à decirselo, pero cuando lea esto ya verá que lo he visto; Mamá, que mala es V. si hace llorar à mi mamita!

P. D. Un abrazo à mi abuelo, un abrazo à mis tíos, un abrazo à mi tia la nueva, y à su mamá, y un abrazo à todo el mundo menos para V. mamá, ya V. me entiende; para V. no tengo yo los brazos tan largos.

## FIN DE LA QUINTA PARTE.

## SEXTA PARTE.

## CARTA I.

DE LA SEÑORA DE ORBE A LA SEÑORA DE WOLMAR.

ANTES de salir de Lausana es preciso escribir dos palabras para decirte que he llegado, pero no tan alegre como esperaba. Este corto viaje era para mí una fiesta que à ti propia te ha tentado varias veces; pero negandote à acompañarme casi me has hecho impertinente; ¿porque que recurros he de encontrar yo? Si es fastidioso será para mí el fastidio, y si agradable tendré el sentimiento de divertirme sin tí. Si no tengo que alegar contra tus razones, ¿crees que por eso he quedado satisfecha? Muy engañada estás, prima, à fe mia; y lo que todavia mas enfado me da es no tener motivo para enfadarme. Di, mala ¿no te da vergüenza de tener siempre razon con tu amiga, y de resistir à lo que le da gusto, sin que le quede siquiera el de reñir? cuando hubieras plantado por ocho dias à tu marido, tu casa, y tus muñecos, estaba todo perdido? Ciertamente habria sido un atolondramiento, pero tú hubieras valido mas cien veces, y no que ahora, empenada en ser perfecta, no sirves para nada, y tendrás que buscar amigos alla entre los angeles.

No obstante las pasadas desazones, no he podido hallarme sin entermecirme en medio de mi familia; he sido recibida con gusto, à lo menos con mucho agasajo. Para hablarte de mi hermano aguardo à que le conozca bien. Es bastante buen mozo, pero tiene las trazas pasadas del pais de donde viene. Es serio y frio, y yo encuentro en él algo de arrogancia, y me recelo mucho de que la chica en vez de dar con un marido como los nuestros haya encontrado su amo y señor.

Tan prendado estaba de verme mi padre, que para darme un abrazo ha interrumpido lo relacion de una gran batalla que acaban los franceses de ganar en Flandes, como para verificar el pronostico del amigo de nuestro amigo. ¿Que fortuna que no haya estado! ¿Te imaginas tú al animoso Eduardo viendo huir à los ingleses, y buyendo él?... Nunca... nunca... le hubieran muerto cien veces.

Hablando de nuestros amigos, ya hace tiempo que no nos han escrito. ¿No era ayer, creo, dia de correo? Si recibo cartas de ellos espero que no te olvides de lo que me interesan.

A Dios, prima, es preciso marchar. Aguardo noticias tuyas en Ginebra, donde esperamos llegar mañana à comer. Pero te advierto que de un modo ó de otro no se celebrará la boda sin tí, y si tú no quieres venir à Lausana, voy yo con toda mi gente à talar à Clarens; y à beber los vinos de todo el universo.

## CARTA II.

DE LA SEÑORA DE ORBE A LA SEÑORA DE WOLMAR.

A las mil maravillas, hermosa predicadora; pero me parece que presumes sobrado del saludable efecto de tus sermones. Sin considerar si hacian dormir en otro tiempo à tu amigo, te advierto que hoy no dan sueño à tu amiga, y el que anoche recibí lejos de escitar me dormir me ha desvelado la noche entera. Guardate la parafrasi de mi Argos; si ve esta carta, pero mejor lo haré yo, y te juro que antes de temerás los dedos que enseñarsela.

Si fuera recapitulandote punto por punto, seria usurpar eso tus derechos;